



PIARA

Mi infancia transcurrió entre cerdos. Grandes, marrones, alborotadores y olorosos. A veces salía con ellos a pastar a las grandes dehesas. Me gustaban los prados y los cielos inacabables y las bellotas. Iba descalza, no porque no tuviera zapatos (éramos pobres, pero no tanto), sino porque me gustaba sentir la hierba y el barro en la planta de los pies.

Una vez nos acercamos a la rivera y había un niño bañándose. Oí sus chapoteos y vi sus ropas colgadas de las adelfas. También las vio Garufo, el verraco, el cerdo más



grande y más glotón de la piara, que empezó a comerse los pantalones, tan ancho. Mostraba mucho cuidado en no tragarse ninguna adelfa. Los cerdos son muy inteligentes. Entre otras muchas cosas, saben que las adelfas son venenosas y los pantalones no.

Como ya se había comido la mitad de una pernera, decidí enterrar los pantalones y la camisa y me fui con los cerdos a otra parte. Reñí un poco a Garufo, pero luego me dio pena y le rasqué la barriga. A los cerdos les encanta que les rasquen la barriga y se retuercen de placer y gruñen. Cuando volvimos a pasar cerca del regato, nos encontramos al niño, en calzoncillos, rebuscando entre los matorrales y las adelfas. Al darse cuenta de que lo observábamos con curiosidad, echó a correr avergonzado y muerto de frío.





Había que haberlo visto entre las marañas, desnudo, medio amoratado y castañeteando. Me dio risa y también pena. Él me gritó:

—¡Eh, tú, que te he visto! ¿Dónde has dejado mi ropa?

Yo le insulté un poco y me hice la loca y entonces Romina, una cerda sonrosada y tetuda, hozó la tierra y desenterró los pantalones roídos. El niño me persiguió entre la piara hasta que se cansó. Cuando se fue, con la ropa sucia y mordisqueada, le grité:

—¡Me llamo Ángela!

Pero él no me dijo nada.

Volví con los cerdos al corral y di de comer a las gallinas y a la yegua que estaba preñada. La tía Guillermina tenía el pollo que nació sin plumas entre las tetas, y mi madre empanaba los filetes de la noche. Supuse que mi padre aún estaba en el olivar.

—¿Dónde está el tío?

—Afuera, dando vueltas al percherón para que muera tranquilo.

—¿Tú sabes si hay algún niño nuevo en el pueblo? —pregunté.

—Qué voy a saber —dijo mi madre—. Anda ve y lávate, que hueles a gorrino.

Me olí, pero no fui a la bañera. A mí me encanta el olor de los cerdos.

En lugar de eso, subí al desván y en cuclillas espié al tío.